

Itaca

Manuel Campa

Cada vez que un político asturiano, con destino en Madrid, evita regresar a nuestra región para ocupar aquí un cargo o responsabilidad pública, se produce entre nosotros, casi siempre, una reacción de asombro, casi de incredulidad. El último caso notable es el de Alvarez Cascos, quien anunció, simultáneamente, que no vendría a corto plazo, aunque esperaba pasar a un segundo plano de la política nacional, una vez que Aznar designe a su delfín y se cumplan las previsiones sucesorias.. Es decir, Cascos no quiere venir ni atado. Si quitamos lo que esta actitud tiene de exagerado –permanecer en Madrid incluso con su previsión de pasar a una segunda fila entre los líderes políticos- debemos reconocer que es injustificada la sorpresa que aquí produce cada repetición de casos similares. Parece sobreentenderse que los buenos políticos asturianos deben estar aquí, al pie del cañon, entre el mar Cantábrico y Pajares, profesando totalmente el “menosprecio de la Corte y la alabanza de la aldea”. Como si ésta hubiera sido la actitud habitual en el pasado . Procede este tópico,especialmente, de la mitología que fue cristalizando en el último siglo en torno a Jovellanos. Suele contraponerse el prócer gijonés, que sí regresó a Asturias, a otros ilustrados que permanecieron definitivamente en Madrid. Sobre todo, este contraste se establece tomando como referencia a Campomanes. Pero la glorificación de Jovellanos por regresar, así como la censura implícita a Campomanes por quedarse en la Corte, no se ajustan a la equidad que debe darse al valorar los hechos históricos. Hay que tener en cuenta que Jovellanos no regresó por su propia voluntad , sino porque lo echaron de Madrid. Ya las primeras biografías del insigne gijonés lamentan la iniquidad de los destierros asturianos de 1790 y de 1798, así como el posterior de Mallorca. En la primera de esas fechas “se le intima parta sin dilación alguna para Asturias, de donde no podrá volver hasta que se le ordenase”. Su presencia aquí, durante ocho años, fue muy fecunda, puesto que se ocupó de los temas más importantes para Asturias, como la carretera de Castilla, el futuro de las explotaciones mineras y la creación del Real Instituto Asturiano. Es evidente que , en medio de la indignidad de la Corte de Carlos IV, no había sitio para alguien “cuya virtud rayaba a incommensurable altura”, como señala Somoza.. Pero todo esto no quita para que su venida a Asturias fuera como desterrado, y no por propia voluntad. Siempre ha sido así. Salvo excepciones, que las hubo, y alguna reciente, los políticos asturianos prefirieron la Corte a la propia región. No lo afirmo como censura, sino como simple constatación de un hecho, ya que lo decisivo es el trabajo que se realice, ya sea en Madrid o en Asturias. Pero la mitificación de la venida de Jovellanos perjudica la valoración de los ilustrados que, por no haber sufrido destierro, por haber triunfado políticamente, en un momento anterior, en que la elección de los mejores era posible aún con Carlos III, permanecieron un largo tiempo en Madrid. La próxima edición de las obras completas de Campomanes por la Junta General del Principado rectificará una injusticia histórica y pondrá de manifiesto que la dilatada permanencia en el poder del político de Sorriba no significó, en modo alguno, un olvido de los problemas de Asturias, pese a su alejamiento geográfico. El triunfo en política no debe ser juzgado como defecto, sino como gran mérito, si va unido a la honradez y a la eficacia , como es el caso del gran ministro de Carlos III.

Algunos forasteros llegan a los Picos de Europa creyendo que no hay otra cumbre digna de admirar más que el Naranjo de Bulnes. El mayor conocimiento de sus obras , como será , en breve, el caso de Campomanes, permitirá contemplar , en perspectiva, toda la constelación de grandes políticos e intelectuales –no sólo Jovellanos- que Asturias aportó a la ilustración española. El Naranjo no es la única cumbre de los Picos, ni la más elevada, aunque sí sea la más hermosa.

Algunos asturianos, como el gran Jovino, se vieron obligados a regresar pronto; otros , más afortunados, pudieron acabar su guerra de Troya antes de que su memoria volviera a su Itaca natal.